

Éste es mi libro: lo empecé el 7 de enero
y lo acabé el 12 de abril. Es una recopilación
de historias, imágenes, preguntas
y hechos.

Además, es mi historia.

LISTA NÚMERO 1:
CINCO HECHOS SOBRE MÍ

1. Me llamo Sam.
2. Tengo once años.
3. Recopilo historias y hechos fantásticos.
4. Tengo leucemia.
5. Cuando leas esto, probablemente ya estaré muerto.

Hoy fue el primer día de colegio después de las vacaciones de Navidad.

Tenemos colegio tres días por semana, los lunes, miércoles y viernes, en la salita de estar. Sólo somos dos alumnos: Felix y yo. A Felix no le interesa aprender nada.

«¿Qué sentido tiene estar enfermo si tienes que estudiar mates?», preguntó la primera vez que vino al colegio en mi casa.

La señora Willis, nuestra profesora, no discutió. Si Felix no hace alguna tarea, no lo regaña. Sólo lo deja quedarse ahí sentado, reclinando la silla hacia atrás y diciéndome qué hago mal en lo que sea que estoy haciendo.

«¡Eh, que amonio no se escribe así! ¡En mi colegio nunca lo escribimos así!»

«Hay un planeta que se llama Hércules, ¿verdad, señora Willis?»

«¿Para qué haces eso?»

Felix sólo viene al colegio para verme a mí y para que su madre se libre un rato de él.

Últimamente, la señora Willis piensa en trucos que puedan interesarle. Ya saben, construir volcanes que entren en erupción de verdad, preparar comida romana, prender fuego con una lupa; esa clase de cosas.

Sólo que a mi madre no le gustó esa última, porque hicimos sin querer un agujero en la mesa del comedor.

Digamos que fue sin querer pero queriendo.

Hoy, sin embargo, la señora Willis propuso:

—¿Qué tal si escribís una redacción? —Y los dos nos quejamos, porque esperábamos prenderle fuego a algo más, o quizá provocar una explosión.

Pero la señora Willis insistió:

—Oh, venga ya. Pensaba que os gustaría escribir algo sobre vosotros. Sé que a los dos os gusta leer.

Felix levantó la vista. Estaba jugando con dos de mis orcos de Warhammer, enfrentándolos y soltando gruñidos por lo bajo.

—Sólo porque en el hospital no hay otra cosa que hacer —contestó.

Yo y Felix somos expertos en hospitales. Ahí fue donde nos conocimos, el año pasado.

Yo no veía qué tenía que ver la lectura con escribir sobre mí, de modo que protesté:

—Los libros sólo tratan de niños que salvan el mundo o reciben palizas en el colegio. Más vale que no escribamos sobre nosotros.

—Tú quizá no —dijo Felix. Con una mano en la frente, volvió a

desplomarse en la silla—. La trágica historia de Sam McQueen. ¡Un pobre niño frágil, que lucha con valentía contra un sufrimiento terrible y soporta hospitales sin televisión!

Fingí que vomitaba. Felix me tendió la mano, la que no tenía en la frente.

—Adiós, adiós, queridos amigos —dijo, para luego derrumbarse en la silla simulando que se ahogaba.

—Nada de morirse en la mesa, Felix —terció la señora Willis, pero a las claras se veía que en realidad no estaba enfadada—. Me gustaría que los dos lo intentarais ahora, por favor. Contadme algo sobre vosotros mismos. No tenéis que escribir un libro entero de aquí a la hora de comer.

Así pues, eso estamos haciendo. Bueno, lo hago yo. Felix no se aplica. Ha escrito: «Me llamo Felix Stranger y» y luego lo dejó. La señora Willis no lo obligó a escribir más. Pero yo ya voy por la página tres.

De todas formas, el colegio ya casi se ha acabado. Todo está muy silencioso. La señora Willis finge estar corrigiendo, pero en realidad está leyendo *Setenta cosas que hacer con fuego* debajo de la mesa. Felix está dirigiendo a mis orcos en un sigiloso ataque en la maceta. *Columbus*, el gato, observa con sus ojos amarillos.

En la puerta de al lado, en la cocina, mamá revuelve la sopa, que será la comida. Papá está en Middlesbrough, porque es abogado. Mi hermana Ella está en el colegio. El colegio de verdad. La Escuela Primaria de Thomas Street.

Ahora, en cualquier momento... ¡ahí está! Ha sonado el timbre. La mamá de Felix está aquí. Se acabó el colegio.

POR QUÉ ME GUSTAN LOS HECHOS

Me gustan los hechos. Me gusta saber cosas. Los adultos nunca lo entienden. Les haces preguntas como «¿Podré tener una bici nueva en Navidad?» y te dan una respuesta imprecisa como «¿Qué tal si esperamos a ver cómo te sientes cuando falte menos para Navidad?» O puedes preguntarle a tu médico «¿Cuánto tiempo tengo que quedarme en el hospital?», y te contestará algo parecido a «Vamos a esperar un poco a ver qué tal sigues», que es la forma que tienen los médicos de decir «No lo sé».

No voy a tener que volver nunca más al hospital. El doctor Bill me lo prometió. Bueno, deberé ir al consultorio. Si me pongo enfermo de verdad, podré quedarme en casa.

Podré hacerlo porque me voy a morir.

Probablemente.

Que uno se vaya a morir es la cosa más imprecisa de todas.

Nadie te dice nada de nada. Les haces preguntas y se ponen a toser y cambian de tema.

Si me hago adulto, voy a ser científico. No de los que mezclan productos químicos, sino de los que investigan ovnis y fantasmas y esa clase de cosas. Voy a ir a casas encantadas y a hacer pruebas para demostrar si los *poltergeist* y alienígenas y monstruos del lago Ness existen en realidad. Soy muy bueno cuando me pongo a averiguar cosas. Voy a averiguar las respuestas a todas las preguntas que nadie contesta.

A todas ellas.

ELLA

7 de enero

Mi hermana Ella también volvió hoy al colegio. Ella y mamá tuvieron una pelea tremenda esta mañana. No entiende por qué yo me quedo en casa todo el día y ella no.

—¡Sam no va al colegio! —le gritó a mamá—. ¡Tú no vas a trabajar!

—Tengo que cuidar de Sam —contestó mamá.

—No, no es verdad. Sólo planchas y plantas cosas y hablas con la abuelita.

Eso es verdad.

Mi madre me puso Sam por Sansón, el de la Biblia, y mi padre le puso Ella a mi hermana por una tía suya. Si hubiesen hablado un poco más entre ellos mientras lo hacían, quizá no habrían acabado con dos hijos llamados Sam y Ella, que suena casi como «salmonela», pero ahora es demasiado tarde para cambiar eso. Además, creo que a papá le parece divertido.

Ella tiene ocho años. Su pelo es oscuro y los ojos de un marrón verdoso y brillantes, como esas piedras curativas que venden en las tiendas hippies. A nadie más en mi familia le importa su aspecto. La abuela va por ahí con pantalones con parches y chalecos acolchados con bolsillos para lápices, paquetes de semillas y billetes de tren. Y la ropa de mamá siempre tiene más o menos un siglo de antigüedad. Pero Ella siempre anda preocupándose de qué se pone. Tiene una caja grande de esmaltes para uñas y todo el maquillaje de mamá porque mamá casi nunca lleva.

—¿Por qué no te maquillas? —pregunta Ella—. ¿Por qué?

Ella siempre está haciendo preguntas. La abuelita dice que nació haciendo una pregunta que todavía no le ha contestado nadie.

—¿De verdad? —dijo Ella al oír eso—. ¿Qué pregunté?

Todos reímos.

—¿Dónde estoy? —dijo mamá.

—¿Quién es toda esta gente con esta pinta tan rara? —preguntó la abuela.

—¿Qué estoy haciendo aquí? —añadió papá—. ¡Se suponía que tenía que ser una princesa!

—¿Quién iba a convertirte a ti en princesa? —intervine yo.

Ahora es por la tarde y aún estoy escribiendo. Apuesto a que podría escribir un libro. Fácilmente. Iba a ponerme con ello cuando Felix se marchó a su casa con su madre, pero vino Maureen de la iglesia de mamá, así que tuve que atender a la visita. Sólo se marchó cuando mamá fue a buscar a Ella al colegio. Estaba pensando en

«Preguntas a las que nadie contesta» en la mesa del comedor cuando volvieron. Ella vino derecha a mí.

—¿Qué estás haciendo?

—Cosas del colegio —le contesté, tapando la página con el brazo. Ella, a mis espaldas, miró por encima de mi hombro.

—Ella, estoy ocupado. —He hecho mal en decirle eso. Me da un tirón del brazo.

—¡Déjame ver!

—¡Mamá! —gemí—. ¡Ella no me deja trabajar!

Mamá estaba al teléfono. Se nos acercó con el auricular apretado contra el pecho.

—¡Niños, portaos bien! Ella, deja en paz a tu hermano.

Le hice una carota a Ella, que se dejó caer en el sofá.

—¡No es justo! ¡Siempre dejas que gane él!

Ella y mamá siempre se están peleando. Mi hermana siempre dice que no es justo. Apuesto a que ésa es la única razón por la que yo gano, porque no hago pataletas de crío, como ella.

Mamá colgó y se acercó a Ella, que le gritó:

—¡Lárgate! —Y salió corriendo escaleras arriba.

Mamá exhaló un gran suspiro. Luego se me acercó. Cerré el cuaderno para que no pudiera ver qué había escrito.

—Es secreto, ¿no? —preguntó.

—Es para el colegio. —Dejé el bolígrafo sobre el cuaderno cerrado. Mamá suspiró. Me besó en la coronilla y subió por las escaleras en busca de Ella.

Esperé hasta estar seguro de que se había ido; luego volví a coger el bolígrafo y empecé a escribir otra vez.

PREGUNTAS A LAS QUE
NADIE CONTESTA NÚMERO 1

¿Cómo sabes que te has muerto?